




Posibilidades y retos para las humanidades en el siglo XXI

Possibilities and Challenges for the Humanities in the 21st Century

Gabriel Osuna Osuna 

Universidad de Sonora, México

gabriel.osuna@unison.mx

Resumen

El objetivo principal del presente artículo es dar cuenta de ideas específicas sobre el lugar que ocupan las Humanidades en el contexto de la globalización, y cómo éstas han luchado por mantener, durante lo que va del siglo XXI, un espacio y un prestigio que hoy parece verse cuestionado por la lógica operativa del corporativismo a nivel mundial. Este último al parecer tiene un método de entendimiento del mundo cuyos discursos crean imperativos y significados que lo benefician, y para ello se ha incorporado el discurso empresarial en la agenda de los programas educativos por competencias, que terminan ignorando la importancia de instituciones tradicionales y legados intelectuales como el conocimiento humanístico. Es necesario recordar que las Humanidades tuvieron un lugar preponderante en la historia de la era moderna, y que debemos de actuar para que continúen presentes en la reorganización de los métodos de entendimiento de la realidad.

Palabras clave: Humanidades, Educación por Competencias, Finalidad de la Educación

Abstract

The main objective of this article is to account for specific ideas about the place occupied by the Humanities in the context of globalization, and how they have struggled to maintain, so far in the 21st century, a space and a prestige that today seems being questioned by the operational logic of worldwide corporatism. The latter apparently has a method of understanding the world whose discourses create imperatives and meanings that benefit it, and for this purpose business discourse has been incorporated into the agenda of skill-based educational programs, which end up ignoring the importance of traditional institutions and intellectual legacies like the humanistic knowledge. It is necessary to remember that the Humanities had a preponderant place in the history of the modern era, and that we must act so that they continue to be present in the reorganization of the methods of understanding reality.

Key words: Humanities, Skilled-Based Education, Purpose of Education

DOI <https://doi.org/10.36799/el.v8i1.146>

Recibido 28 de octubre 2022

Aceptado 19 de diciembre de 2022

Publicado 6 de enero de 2023

Cómo citar este artículo: Osuna Osuna, Gabriel. «Posibilidades y retos para las humanidades en el Siglo XXI». *Estudios λ mbda. Teoría y práctica de la didáctica en lengua y literatura.*, vol. 8, n.º 1, pp. 1-16, doi:10.36799/el.v8i1.146.

Derechos de autor: El autor o autores conservan en todo momento sus derechos morales y patrimoniales sobre la obra; la obra no se puede alterar, transformar o ampliar; siempre debe reconocerse la autoría del documento referido. Ninguna de las modalidades de los documentos publicados en *Estudios λ mbda. Teoría y práctica de la didáctica en lengua y literatura* tienen fines comerciales de naturaleza alguna

Introducción, ¿En qué consisten las actuales transformaciones?

El objetivo principal del presente artículo es dar cuenta de ideas específicas sobre el lugar que ocupan las Humanidades en el contexto de la globalización, y cómo éstas han luchado por mantener, durante lo que va del siglo XXI, un espacio y un prestigio que hoy parece verse cuestionado por la lógica operativa del corporativismo a nivel mundial. Esta última al parecer tiene un método de entendimiento del mundo cuyo discurso crea imperativos que terminan cuestionando la importancia de instituciones tradicionales, en donde valores como la democracia y la horizontalidad ocupaban lugares distintos a los que ocupan hoy en día. Es necesario recordar que las Humanidades tuvieron un lugar preponderante en la historia de la era moderna, y que debemos de actuar para que continúen presentes en la reorganización de los métodos de entendimiento de la realidad.

En el casi primer cuarto del siglo XXI, tal y como se había concebido hacia el final del siglo pasado, se ha dado una interesante dinámica entre lo que en aquel momento se llamó posmodernidad (término que aún sigue funcionando para tratar de definir el momento histórico de transiciones que hemos vivido) y su relación con el fin de los grandes relatos. Semejantes cambios de paradigma en la percepción de la realidad, aunada a los cambios epistemológicos de estas últimas décadas, especialmente las transformaciones derivadas de las deconstrucciones conceptuales recientes trastocaron las categorías de verdad heredadas del mundo moderno, que aún perduran en ciertos espacios y manifiestan sus presencias a veces incluso hasta de manera reaccionaria (en el sentido etimológico del término). Con ello se ha privilegiado el discurso que sobrevalora el utilitarismo, derivado también de la lógica corporativa mencionada, dando pie para que se reposicionen discursos y categorías de verdad lejanos a los métodos de trabajo de las ciencias para el acceso, ingreso y aprehensión de la verdad. En este nuevo contexto de las “postverdades” se refuerza la incertidumbre que generan los discursos apoyados en estereotipos, prejuicios, sofismas y mesianismos que antaño habían quedado relegados por su ausencia de método en el entendimiento del mundo. En determinados espacios, sus absurdos se han reforzado de manera alarmante en el mundo contemporáneo, permitiendo así una deslegitimación de la ciencia, así como de los argumentos sólidos presentes en las ciencias sociales y las humanidades, que siguen siendo parte de toda una tradición en la construcción y el ejercicio del pensamiento.

Esta deslegitimación no solo obedece a la credibilidad en algunos discursos (hoy más conocidos como “narrativas”) que se han ido estableciendo y ganando terreno, y que en determinados espacios han conquistado un prestigio que ha ido desplazando paulatinamente a aquellos discursos derivados de la razón,



y con ello, poniendo muchas veces en duda aquellas verdades heredadas de los métodos de percepción del mundo de la Modernidad. El racionalismo y sus etapas posteriores, que formaban la base cognitiva para el conocimiento del mundo y la comprensión de la realidad, conviven hoy en un espacio de horizontalidad y “democracia” que muchas veces resulta tramposo a la hora del peso argumentativo en el análisis de los hechos o de aquellos fragmentos de la realidad productores de significados. Esta hegemonía, que no es nueva, pero que sí ha reconstituido sus espacios de ejercicio e influencia en la proyección ideológica de realidades, ha solidificado su presencia y su poder trasladando al campo de la exclusión discursos privilegiados que formaban parte del aparato institucional de legitimación de los saberes y el conocimiento. Todo esto ha dado pie para el surgimiento de nuevos dogmas que no están alejados de las prácticas cotidianas de los discursos y el uso del lenguaje, dando paso a la persistencia de radicalismos en donde la concreción factual y el peso argumentativo llegan a resultar, en no pocas ocasiones, irrelevantes.

¿Cómo podemos ejemplificar este proceso?

Al parecer el conocimiento humanístico hoy en día padece las consecuencias de la crisis humanitaria que se vive en el siglo XXI. Este se encuentra simbólicamente en una situación similar a la del lugar que ocupan las “economías en desarrollo” de América Latina, África y algunos países de Asia. Hoy el capital artístico y cultural se ha convertido en un bien alejado de su primigenia significación compleja (tangible e intangible) en un producto de mercado sin privilegios diferentes a aquellos que se le otorgan a los bienes de consumo. Dentro de esta lógica dominante, el conocimiento intangible y no tasable en términos monetarios adquiere un carácter devaluado por su inaprehensibilidad desde la necesidad de lo cuantificable: es forzoso, por lo tanto, adjudicarle un precio para poder abrir las puertas hacia otros espacios en nuestras sociedades. Quienes están ocupados en el quehacer intelectual y artístico, y también en el de las ciencias no aplicadas, producen en gran medida conocimiento no tasable, y desde la lógica de la concreción monetaria y utilitarista se verán sometidos a una serie de situaciones discriminatorias que terminan, a menudo, mermando la capacidad creativa. Desde esa lógica, entonces, la producción intelectual y el ejercicio del pensamiento estarán invalidados si no cuentan con el patrocinio de la estadística y de la evidencia cuantificable, sin duda estas últimas muy importantes, pero limitadas en cuanto a la percepción y asimilación de mundos enteramente complejos relacionados con lo abstracto y lo trascendental. Algo parecido sucede con la referencia: carentes de un sistema de pensamiento en donde se le otorgue una legitimación a la enunciación propia, nuestras palabras carecen de importancia si no llevan el espaldarazo de la referencia de élite. Lanzamos



obsesivamente la cita de prestigio para evidenciar que no estamos solos. Muchos de los trabajos que citamos han sido sin duda paradigmáticos en los cambios del pensamiento; sin embargo, su uso a fuerza de repetición se vacía de significación, y puede llegar a estorbar en la significación de nuestras enunciaciones. Me interesa también aclarar que estas reflexiones no implican de ninguna manera la denostación del trabajo minucioso de quienes se dedican a la ciencia aplicada y al ejercicio de las metodologías empíricas, pero sí a una ideología dominante que ha resignificado nuestro quehacer relegándolo hacia espacios que nunca había ocupado, al menos no desde el Renacimiento.

Hoy quienes se internan en los diferentes campos del conocimiento abstracto tendrán experiencias tales que serán vistos como seres involucrados en aventuras quijotescas. Es necesario tomar en cuenta esta situación para comprender el actual proceso de desertificación de lo humano, en algunos aspectos intensificado por la tragedia mundial que vivimos durante la pandemia. En este sentido, aquellos artistas, escritores, estudiantes, profesores e investigadores, que han optado por recluirse de ciertos campos de acción, consciente o inconscientemente están cayendo en una trampa, una coartada, concediéndole la razón a un discurso poderoso: aquel que los neutraliza y los expulsa del juego político, y que termina convirtiéndonos en seres invisibles. La implicación parecería ser, entonces, la siguiente: mejor quédate de ratón de biblioteca, imagen nada inspiradora por su matiz reduccionista y discriminador para quienes tienen encendida la llama del amor y la pasión por el conocimiento. Durante mi juventud recibí ataques como los siguientes, que seguramente son familiares para muchos estudiantes de las áreas de humanidades: “no estudies esa carrera, te vas a morir de hambre”, “qué flojera, se la pasan leyendo novelitas” (siempre con el certero diminutivo denostador), “esas cosas solo las estudian los drogadictos”. A lo largo de los años me he preocupado por tratar de entender por qué una labor tan inocua puede llegar a ocasionar tanta incomodidad a muchas personas. El miedo a todo pensamiento que transforme los paradigmas de entendimiento del mundo sigue latente. Nunca nos imaginamos que las metáforas de Aldous Huxley, George Orwell y Ray Bradbury en sus novelas resultarían proféticas, y que incluso dentro del modelo corporativo que siguen las universidades actualmente, intentarían reproducir hostigando la luz del conocimiento con la intranquilidad e incertidumbre que producen los indicadores.

Esa incomodidad se encuentra hoy instaurada en el campo de lo institucional, y no son pocas las personas que en estas áreas del conocimiento han interiorizado las angustias derivadas del modelo del crecimiento económico en que vivimos, en donde la especulación por el desastre financiero y la invención de incertidumbres permean el día a día y afecta en muchos niveles la calidad de vida. En el campo del conocimiento, una manera indirecta de anularnos es introyectando la ansiedad por las especializaciones y



las disciplinas, promovidas por las mismas universidades y los centros de investigación. La neurosis de la especialización produce fobias, por ejemplo, a la heterodoxia. Recordemos que los heterodoxos han sido casi siempre quienes han cambiado los paradigmas en el pensamiento, las artes y la ciencia.

La dictadura actual del utilitarismo (Ordine) lleva a pensar que hay una tradición filosófica que resulta incómoda para el sistema económico dominante y todas sus derivaciones. Pensar desde los márgenes del consenso debería de ser una alternativa que genere un estado de las cosas diferente. En este sentido, hoy cualquier forma del pensamiento alternativa se ha convertido en las flores del mal del siglo XXI. Podemos comprobarlo con el hostigamiento de la tecnocracia y sus ideologías hacia las formas ancestrales de pensamiento y expresión: hoy pensar fuera de las prerrogativas de un conjunto de ideas entronizadas por el sistema dominante, se ha vuelto un acto de rebeldía; pensar se ha convertido en una acción con carga disidente. Pero esto no es nuevo, recordemos a los condenados por los sistemas de su época: Sócrates, Jesucristo, Galileo y un largo etcétera. Hoy las cadenas son invisibles, pero están ahí; hay que romperlas y salir de la caverna a la que se refería Platón.

¿Cuál es la nueva caverna en el siglo XXI? Siguiendo la metáfora platónica, tenemos muchas cadenas que nos atan a la caverna, por ejemplo: el optimismo derivado del discurso de los grandes corporativos. La sátira de Voltaire en *Cándido* se ha convertido en un patrón de presentación de los hechos en el mundo; sin embargo, esa realidad, aunque nos trate igual, implica que nuestra carrera hacia la aniquilación sí es el mejor de los mundos posibles, y se obliga a aceptarlo con gusto, pero, sobre todo, a enunciarlo con un gusto fingido. Nuestro reto es identificar a los productores de sofismas y acercarnos nuevamente a la filosofía; qué curioso y llamativo que hoy esta palabra produzca la incomodidad y la repulsión que delatan el miedo al ejercicio libre del pensamiento.

Estas reflexiones intentan revelar las formas de operación de un sistema, para tratar de entenderlo y comprender las ansiedades que produce. Como sucedió en la época de las vanguardias, que en el fondo intuían la descomposición de nuestra civilización y que por desgracia resultaron proféticas con el estallido de las guerras mundiales, hoy se vuelve necesario otra vez el género del manifiesto. Nuestros tiempos nos obligan nuevamente (un siglo después de la otra pandemia); un siglo después de las vanguardias, a recordar la importancia de los textos programáticos, y a dejar de tenerle miedo a la apropiación de una postura disidente y defenderla. No nos asustemos, pero tan solo hay que recordar la teoría de la historia de Giambattista Vico.



Del *Know-How*¹ a las competencias en las humanidades

Las humanidades han tenido un espacio y un prestigio indudables; sin embargo, hoy estos parecen verse cuestionados por la lógica operativa del corporativismo a nivel mundial. Las competencias en la educación son una necesidad de adaptación a la retórica dominante, que no es nueva, pero sí hegemónica en tanto que se ha encargado de imponer sus valores como si estuvieran inaugurando un mundo inédito en el medio educativo. Es por eso por lo que su ejercicio muchas veces crea estructuras mentales en donde la crítica hacia el sistema de dominación se convierte en una protesta. En este sentido, pensar se ha vuelto disidente. Pero no porque esté prohibido el pensamiento, sino porque la retórica dominante orilla el ejercicio del mismo a un espacio desprestigiado ante la falta de evidencias que den cuenta de su utilidad; es decir, se ha empujado hacia el mundo de la insignificancia el ejercicio del pensamiento por sí mismo sin fines prácticos, y con ello la tradición de la filosofía, la ciencia pura y en general las disciplinas humanísticas: como si al no encontrar su utilidad inmediata y práctica su valor degenerara en la carencia de sentido, y esa es la razón por la cual aparecen relegadas, o incluidas de una manera forzada y dudosa en la educación contemporánea, siempre con esa sensación de estorbo, y no generada por ellas mismas. Hemos llegado al punto en donde el ejercicio crítico hacia el mundo se encuentra devaluado porque no se observa su utilidad práctica inmediata. La implicación es, cuando ya se ha asimilado la doctrina, la siguiente: no me involucro con el mundo, enséñame solo lo práctico, que es lo único que necesito para poder obtener un trabajo. No me abras los ojos, no es necesaria semejante clarividencia. El concepto dominante del trabajo excluye el ejercicio del pensamiento (esta actitud se convierte en una evidencia más de la continuidad y de la gran vigencia de, como vimos más arriba, la caverna platónica). ¿Por qué ignorar la importancia de aquellas escuelas técnicas (como el Conalep en México) que fueron fundadas con un objetivo muy claro, al igual que los institutos tecnológicos, y cuya función nunca fue la de sustituir a las universidades? ¿Por qué nos seguimos empeñando en convertir en este tipo de escuelas (que han cumplido muy bien su función en las sociedades), sacrificando la extraordinaria tradición en el pensamiento, y traicionando así la esencia de la universidad y su concepción casi milenaria? La falta de reflexión sobre su importancia en nuestra civilización, y la pérdida de la práctica en el pensamiento per se nos han conducido a este estado de interiorización, y por lo tanto de normalización, de la culpa generada por aquel discurso hoy dominante que dice o implica que nuestra presencia en la

¹ “Literalmente este término, que proviene del inglés, significa «saber hacer». Hace referencia a todas las capacidades y habilidades que tiene un empleado o una organización al a hora de realizar una tarea. Estas capacidades son las que otorgan de valor a la empresa y por ello son consideradas un **activo intangible**.” Definición de sesametime.com



universidad carece de importancia. ¿Cuántas veces hemos escuchado que nuestros programas en las universidades están a punto de cerrar? ¿Por qué semejante amenaza? ¿Cuántas veces hemos tenido que soportar el acoso de la administración ante los grupos menores de 15 estudiantes, cuando el objetivo de la educación pública nunca ha sido el de la ganancia económica? ¿Por qué perder el derecho de existir ante un argumento tan endeble, que resulta ridículo para la existencia y la salud de una institución pública gratuita o semigratuita? Ante esta situación, el argumento que afirma o implica que no deben de existir las áreas humanísticas (y científicas “puras”) porque no hay trabajo para sus egresados, resulta indignante no sólo por su pobreza conceptual y argumentativa, sino por la alarmante normalización de la ignorancia sobre el quehacer de las áreas humanísticas en las universidades y centros de investigación. Pensar en la prohibición del ejercicio de pensamiento humanista, científico y artístico, resulta una de las asimilaciones y normalizaciones de los totalitarismos más escandalosos de nuestros tiempos.

Las competencias vienen de la propuesta teórica que originó la lingüística generativa de Noam Chomsky: él explicaba la gran complejidad en la competencia y actuación (performance) para la producción discursiva y la enunciación. Se trataba de una derivación complejizada de la dicotomía saussureana lengua/habla. Décadas después, la propuesta de Chomsky se trasladó al terreno de la educación práctica para la formación del estudiante, en donde lo relevante para su formación era destacar los saberes necesarios para llevar a cabo tareas prácticas particulares. Nadie ha dicho que no sea importante el saber operar en el mundo de lo práctico e inmediato, su utilidad es evidente y no se discute; obviamente, se necesita. El problema que considero importante discutir es el desplazamiento que se ha dado en las prioridades y cómo semejante traslado ha intentado despojar de su antiguo prestigio el ejercicio del pensamiento derivado de la experiencia con el conocimiento abstracto y la contemplación estética. Estos han sido trasladados hacia el traspatio y hacia la invisibilidad por la universidad que aspira ejercer el modelo corporativo. El despojo y el abandono de las instituciones milenarias son un atentado contra la Humanidad; lo asombroso es que ya nos hemos estado acostumbrando. Por eso observamos con los brazos cruzados la destrucción de los monumentos milenarios y somos testigos silenciosos de semejante barbarie. Hemos normalizado la barbarie de la devastación generada por nosotros mismos, porque todo eso no forma parte de las deidades del capitalismo contemporáneo. Hemos normalizado nuestras propias prácticas de destrucción.

Las competencias de hoy sobrevaloran la puesta en práctica del método por sobre el asunto cualitativo del conocimiento: al parecer se ignora que precisamente encontrar y utilizar el método adecuado deriva de la experiencia con el conocimiento. Los saberes, como les llaman, solo cumplen un papel secundario porque “no deben” de sustentarse por sí mismos sino más bien en la consecución de ellos mismos hacia un fin



práctico. La dictadura del utilitarismo produce un rezago educativo en las áreas humanísticas, y se nos acusa por no llevar lo abstracto y lo cualitativo a la producción en serie o al campo de la expertise. Se denuesta la opinión diferente porque no se considera válida dentro de la glorificación del saber hacer (el saber hacer, el know-how, se ha renombrado hoy en “competencia”). Hazlo. Pero el hacer bien las cosas también significa eficiencia, y su sinónimo es ejecutar, llevar a cabo, hacer sin tener una voz o una opinión propia que pueda llegar a disentir; es decir, mi interioridad, mi conciencia, la constitución de mi ser, carecen de importancia ante el individuo que presenta “la competencia”. Operarios del siglo XXI sin derechos, pues incluso se ha eliminado el nombre del trabajador y en su lugar hoy se llama emprendedor al autoempleado, o asociado al subordinado sin un contrato de trabajo que genere responsabilidades laborales. ¿Cuáles son las consecuencias de estas prácticas?: muchos han interiorizado ese discurso en las aulas; han aprendido de su entorno. En este sentido, una cátedra no es válida cuando como profesor no eres el instructor del trabajo del estudiante. El implícito es: enseñale como hacer su trabajo y cállate; no aporta tu punto de vista porque no se considera importante para los fines del programa. Usando sus propias palabras, ¿dónde quedaría entonces mi “expertirse” como catedrático, como profesor-investigador generador de conocimiento? ¿Es válido esto para el análisis cuidadoso de la realidad, en donde el primer paso, primordial, es enfrentarse con la enorme complejidad a través del análisis minucioso que incluya una gran cantidad de aspectos del fenómeno y relacionados con este mismo? Las universidades nunca van a estar al cien por ciento al servicio de la empresa porque se ignora que se necesita tiempo para generar y aplicar el conocimiento; un tiempo distinto al que requiere la lógica corporativa para sus fines específicos. He ahí uno de los desfases que vivimos a diario, ya que la administración de corte corporativo sólo equipara la producción con el tiempo de elaboración de bienes manufacturados en una empresa. Esta supuesta lógica nos lleva a pensar que siempre estamos atrasados respecto de los tiempos de producción de los corporativos. He ahí el acto perverso por parte de la administración de tipo corporativo: al intentar ajustar esas supuestas “inconsistencias” por parte del personal académico, se han inventado los informes hasta para las cosas más absurdas, mermando poco a poco el tiempo necesario para la preparación de clases y para la generación de conocimiento. Se paga un alto costo por desafiar la simulación del discurso dominante. El rey no quiere que sus súbditos le hagan pensar. El rey está enfermo, padece síndrome de Hybris y su poder es implacable. Esa es la atmósfera del siglo XXI: supertecnologizada, con un desdén por la vida, y con estructuras profundas increíblemente premodernas, atrasadas si las comparamos con nuestro desarrollo tecnológico.

Lo anterior lo podemos observar de manera más clara, por ejemplo, y de manera análoga, con la dinámica que se da en el arte contemporáneo. Su valoración está impregnada de la tasación económica y de



la dinámica que presenta en el mercado. Incluso la distopía se comercializa. La distopía en el arte es solo “el lamento de un blues”: al saber que este ha perdido su credibilidad de antaño. El arte no puede ante la auto explotación del autodenominado Ser feliz en el mundo contemporáneo: el arte ofrece demasiada verdad para alguien que no quiere escucharla porque este último intuye que es mejor seguir viviendo en la ignorancia. La pérdida de la solidaridad en el mundo quizás se deba a que la ignorancia ofrece felicidad: el mayor anhelo de hoy y “la clave del éxito” para muchas personas. Aquí comprendemos por qué han separado la Educación y Cultura como entidades independientes y ajenas. Si la cultura está en “crisis”, entonces todo modelo educativo resultará superficial y no pasará de ser un conjunto de traslados o traducciones a la retórica del momento necesaria más bien para el oportunismo de políticas gubernamentales alejadas de los objetivos primigenios que le dieron origen. Y, en el caso del arte, al saber que las leyes del mercado y la especulación son las que dictaminan la valoración artística, se ha propiciado un medio que resulta un semillero de charlatanes. Por eso hoy la educación parece más una imposición de un modelo de vida que es probable que muchos no quieran tener. ¿Para qué me quieres abrir los ojos? ¿Para esto? ¿Para ver que hemos convertido el mundo en carroña? Es menos complicado ver el mundo sin matices, con la antigüedad del binarismo, de la división entre buenos y malos, entre amigos y enemigos. Hoy por hoy, al parecer, es más sencillo ver el mundo con los ojos de un dictador. Hoy se verían como “pérdida de recursos” acciones que en su tiempo marcaron cierta esperanza, fundadas sobre todo con la intención de dar cobijo a aquellas mentes brillantes que pudieron huir de la barbarie, como la creación del *Institute for Advanced Study* de la *Princeton University* o la creación de la Casa de España en México (El Colegio de México).

La teoría ha construido un metalenguaje que funciona como una herramienta de interpretación de una realidad tan compleja como lo es la realidad artística, histórica, filosófica y cultural. Sin embargo, nuestro reto es que hoy tenemos que convivir con otros discursos que, por sus propias características, intentan reforzar el lugar que ocupan en el mundo a través de la debilitación de enunciaciones en mayor desventaja dentro de nuestras sociedades. Su fuerza se auto sobrevalora al constatar la debilitación de las alteridades. La cultura del *know how* y el *ready made* han afectado el campo de las humanidades, y esto se debe de señalar como algo grave, mas no como una derrota. La moda de la educación por competencias es una respuesta a las necesidades de trasladar, traducir, al pensamiento tecnócrata los espacios y ejercicios del pensamiento que se crean y recrean en el ejercicio de la abstracción, pero en un contexto que al final minimiza la importancia de este último. ¿Es tan urgente hacer este malabarismo cerebral tan sólo para llevar lo abstracto al espacio y enunciación de lo concreto? Me inclino a pensar que parte de nuestros problemas en la educación es la estigmatización de las áreas humanísticas, en parte intraducibles al lenguaje del dinero:



indiferentes a las ansiedades de la cuantofrenia prevalente, las humanidades necesitan sobrevivir, y lo harán a través de la fuerza de sus propios métodos de trabajo, pero también a la adaptación de nuevas retóricas que permitan argumentar el porqué es necesaria y fundamental la continuidad de su existencia, y tratar de sacarlas de ese espacio de forclusión y preterición al que han sido sometidas.

La renuencia de nuestras áreas a involucrarse en la lógica económica dominante tiene un precio que pagar. Ese precio es la fragmentación del otrora prestigio que gozaban en las universidades; entre ellas el estudio de la historia, la filosofía, la lengua y la literatura. ¿Es justo, entonces, que nos midan a todos con la misma vara, cuando en nuestra labor (así como en las ciencias puras) se entra en el terreno de lo sustancial cuando hablamos de lo cualitativo y de lo abstracto? ¿Como ser productivos con evidencias cuantificables, cuando en el estudio de la increíble complejidad de una lengua, por ejemplo, operan otros tiempos en los procesos mentales para poder lograr su dominio y entendimiento? ¿Cómo cuantificar la trascendencia de las imágenes mentales y vivenciales que produce la experiencia artística? ¿Cómo “medir” todos los años que toma llegar a una conclusión derivada del ejercicio del pensamiento complejo?

Agotada ya la intensidad discursiva de la glorificación del *know how*, encontraron en las competencias su sustitución y su traslado de elementos léxicos que solo disfrazan la misma retórica, salvo con elementos léxicos nuevos. Las competencias serían, entonces, desde esta perspectiva, el eufemismo educativo de la dictadura del utilitarismo y un asalto al ejercicio del pensamiento abstracto. Uno de los grandes problemas de fondo de todo esto es que se forman trabajadores para un sistema en donde los principales excluidos son los jóvenes. La sensación que queda puede llegar a ser la siguiente: ¿para qué te interesas en formarme en un trabajo que no voy a poder tener? Deja de decirme “aquí no formamos escritores” porque tampoco tendré trabajo en otras áreas. La esperanza está en esos jóvenes que rechazan los postulados del utilitarismo para involucrarse en una empresa no cuantificable que está relacionada con la imaginación, con la necesidad, inherente al ser humano, de proyección creativa. Paradójicamente, la gran crítica que se le hizo a las ciencias puras, a las ciencias sociales y a las humanidades: se criticaba el hecho de que formaran jóvenes investigadores e intelectuales que no iban a tener trabajo, ha pasado a formar parte de todo el espectro educativo, incluyendo las extrañamente llamadas “áreas profesionalizantes” que se han tenido que docilizar ante un sistema que ya casi no contempla la contratación de los recién egresados. La cuestión es que en el terreno de los perfiles educativos: ingreso, egresados, etc., predomina el concepto uniformador del deber ser y no del ser, empobreciendo así la experiencia largamente adquirida de la comunidad académica, en aras de reubicarlos en esa nueva retórica corporativa con todo su vocabulario: éxito, emprendedores, incubadores de empresas, autoemprendedores, y un largo etcétera: evitando el



lenguaje jurídico cuya concepción surgió en el contexto de los derechos laborales, humanos, etc., y envolviendo todo en una esfera discursiva de bienestar, creatividad e independencia, pero con un pesado tabú: la ausencia de derechos. Desde el dominio de esta práctica, es una pena que cada vez se diluyan más las fronteras entre el conocimiento empírico y el conocimiento teórico. Por otra parte, existe un desequilibrio entre esfuerzo y reconocimiento que merma las relaciones humanas en el ámbito laboral que, a la larga, termina disminuyendo la creatividad de las personas. Acribillados por la paranoia y el sensacionalismo del discurso fatalista del desempleo, el horror económico (Forrester) se sufre por la amenaza constante de la desaparición porque por más que nos formemos, para el sistema “nadie es necesario”. El modelo de competencias es un modelo fallido porque fue tomado por asalto por las políticas educativas de la globalización. Se niega a la discusión de problemáticas de índole humanista, histórica y económica. Disfraza su existencia en la retórica de la inclusión, que al poco tiempo se desenmascara.

Al igual que la filosofía sirvió como *phármakon* de alivio en su momento, parecería ser que hoy dentro de la retórica dominante se le identifica al mismo ingrediente como el propio veneno que hay que eliminar. El *phármakon* de la antigüedad ha resucitado su ambigüedad primigenia. Los modelos educativos se pueden convertir en proyectos fracasados por su ignorancia acerca de asuntos fundamentales de la humanidad. La ansiedad por la uniformidad y la estandarización en la educación, la idealización de los indicadores, los sistemas de control disfrazados de la retórica de la excelencia y la productividad crean políticas educativas que invisibilizan la singularidad de los miembros de las comunidades marginalizadas. La competencia no es sinónimo de conversión del conocimiento en algo profesionalizante, tampoco es la idealización de la habilidad particular. La transversalidad se confunde con la pérdida de jerarquías entre los conocimientos, los saberes y la práctica y la técnica. No es lo mismo el conocimiento abstracto y teórico que el aprendizaje de la técnica (necesario también, pero excluyente). Detrás de esa retórica, desaparece el universo de diferencia entre una licenciatura y una carrera técnica.

Hasta hoy se sigue enseñando que el crítico, el analista de la realidad, debe de tomar cierta distancia de su objeto de estudio. La “distancia” que conlleva la “objetividad” de un estudio son cuestionables, pues hoy sabemos que no existe un lenguaje que sea capaz de excluir el punto de vista y la conciencia de quien investiga, enuncia y da cuenta de una realidad existente. En este sentido, ¿es válido “distanciarse” en la apreciación estética y en el análisis de las particularidades de una obra de arte, o de un texto literario, o de una realidad histórica y filosófica? Me parece que ese distanciamiento es consecuencia de la segmentación de la realidad dividida por el conjunto de taxonomías heredadas del siglo XIX; en este caso, la actitud científicista es parte de esas fragmentaciones de entendimiento de la realidad (que los escritores realistas y



naturalistas profesaban). Esa tradición quedó casi intacta en el ensayo. Especialmente, en el ensayo respaldado institucionalmente como el ensayo académico en las universidades, y de manera particular en la tesis como género discursivo.

¿En qué momento se le adjudicó a la universidad la responsabilidad de acomodar laboralmente a sus egresados? Una cosa es presumir el lugar que ocupan muchos de sus egresados, y que funcionaría muy bien para promover sus programas en los bachilleratos; pero otra muy distinta es recibir el acoso administrativo por no ser rentables, por no entrar dentro de los dogmas de la monetarización de la educación, que actualmente amenazan la existencia de tradiciones incluso milenarias en el conocimiento. El estudio de las artes, la literatura, la filosofía, la historia, y en general todo aquello que conocemos como humanidades, se encuentra constantemente amenazado por la condena de la precariedad laboral. No es su culpa que habite en una era en donde se ha perdido el trabajo tal y como se le conoció en la era Moderna (Forrester). Por eso la angustia y la ansiedad por transformar los programas educativos a la retórica de las competencias obedece a un grito desesperado por transformar las universidades en escuelas de instrucción técnica. Es el llamado a regresarse a la Caverna de Platón, tras haber visto la luz del conocimiento que otorga intensidad y brillo sin tener que amargarse la existencia con el “de qué voy a vivir”. La administración universitaria de tipo corporativo exige cuentas que solo se esperan desde su propia lógica de auditoría, desde su rendición de cuentas con olor a investigación ministerial. Hay que recordar tan solo cuántas veces hemos utilizado en los últimos años la palabra “evidencias”, propia del lenguaje ministerial y policiaco. En muchas áreas, esto último resulta en una manzana podrida con la cual la tarea de educar se vuelve esencialmente una carrera de obstáculos.

Se trata del fin de una era en donde al parecer, la tragedia ha sido propiciada por nosotros mismos. La educación por competencias es la traslación, el traslado de las instituciones del pensamiento hacia la retórica tecnócrata; el saber hacer en el mundo globalizado debe de estar aderezado con la demagogia de la corrección política. Lejos de resolver nuestros problemas, los ha intensificado insistiendo en la condena de lo inútil, como si la utilidad y la inmediatez fueran las premisas de acción de las grandes mentes de la humanidad, que han dedicado sus vidas enteras a la abstracción y a la transformación creadora del mundo. No es necesario olvidar a Freire y a Freud, comprendamos nuevamente a qué se refería el primero con su pedagogía del oprimido, y al segundo con su malestar en la cultura.

Mi tesis es que no transformaremos hacia lo cualitativo aquellas mentes ávidas de vivir en el complejísimo y apasionante mundo del arte y del pensamiento si constantemente estamos de aguafiestas amargándoles la existencia, sobre todo a aquella juventud que quiere vivir en esos mundos alternativos



sensiblemente mejores que los que les ha tocado vivir fuera del espacio y el tiempo de la imaginación. Mientras sigamos obcecados en el malestar de la tecnocracia y el utilitarismo, y mientras sigamos, necios, ajenos a toda reflexión, a escuchar las razones por las que han escogido este camino, no haremos el cambio cualitativo para mejorar el ámbito que nosotros mismos hemos generado al caer en esa trampa. Solo a través del pensamiento cualitativo y la libertad creadora podremos mejorar este mundo. Basta de retóricas vacías y superficiales, basta de “portarse bien”. A través de esos espacios excluidos, hoy discriminados, podremos recuperar las bases fundamentales de la existencia: el ejercicio del pensamiento y la aventura en el conocimiento y la reflexión no deben de ser tareas “improductivas” propias de la ociosidad. Debemos de reconquistar la dignidad del pensamiento sin fines utilitaristas.

Propuesta: necesitamos un nuevo lenguaje

Escribir, hablar o proferir significa convertir el caos interior, la realidad inefable en algo, en una enunciación: articular un mundo es deshacerse de la incertidumbre del ese caos y por lo tanto curarse en salud. Curarse significa, en este sentido, trasladarse al espacio del bienestar, que es la existencia en el lenguaje vivo y no en los lenguajes muertos. Al escribir se enuncia e, independientemente del orden, se decreta una realidad.

En el siglo XXI debemos de actuar de manera global. Mientras no veamos el problema de la pobreza y la desertificación del mundo como nuestro asunto, no podremos participar con soluciones. No debemos de actuar como países, debemos actuar humanamente. Esta es una prueba más del carácter obsoleto de los nacionalismos. ¿Por qué esa devaluación de la educación humanística en el mundo? Corresponde a un proyecto en donde los valores cívicos, de solidaridad, mutualismo entre los trabajadores, y un montón de etcéteras, dejaron de ser las motivaciones de la educación porque estos valores desaparecieron junto con el prestigio de las ideologías que le dieron rostro al siglo XX. Nuestro mundo se sigue rigiendo por el lenguaje, y quizá el centro gravitacional de nuestro malestar tenga que ver con la propia insuficiencia del lenguaje y sus inconsistencias en la enunciación, así como su fragilidad e insuficiencia para representar muchos de los actos que se convierten en actos constitutivos de nuestra existencia. Pero hemos olvidado que nuestra alternativa de existencia ante ese drama es la palabra poética.

El mundo de la creatividad humana (no el de la inteligencia artificial) sigue existiendo y los artistas siguen produciendo arte a pesar de toda una gran maquinaria que opera en contra de la expresividad individual y de todo aquello que semejante aparato considere disidente, que es básicamente el resto del mundo aparte de su propio *establishment*. Hoy, la maquinaria contra la que Kafka reaccionó se ha vuelto



más concreta, más evidente, más palpable. El papel de educar bien actualmente es educar contra un sistema que rechaza el ejercicio del pensamiento y que al parecer detesta el lenguaje de la concreción y de la claridad: es una especie de monolingüismo que aborrece la existencia de otras lenguas y de otras formas de expresión. Es por eso por lo que hoy se ataca a las universidades que no se “alínean” a las “tendencias”, y solo se privilegia la enseñanza técnica (más que tecnológica) y se adoctrina a los estudiantes para el papel sumiso en el trabajo (no para luchar por una individualidad, menos por una colectividad), sino para ser competente desde un entendimiento del concepto demasiado básico y aniquilador, carente de empatía por la alteridad y por lo humano. No todo en las universidades, desde su creación en la edad media, ha sido adoctrinamiento para oficios necesarios para cada tiempo de la Historia. El problema de fondo hoy reside en que la metodología derivada del pensamiento utilitarista para beneficiar a un sistema es la que se ha apoderado del manejo de las artes, del pensamiento y de la teoría, y las ha relegado al espacio del ornato, de la banalidad o de la superficialidad, o de una herramienta prescindible. La Cultura como ornato sería una prueba más de la decadencia de nuestra civilización. El esclavo feliz es el epítome del modelo para el siglo XXI, y el clima anti intelectual de nuestros tiempos se ha intensificado porque los nuevos radicalismos ofrecen soluciones e interpretaciones simples para quienes han aprendido a no pensar.

Ante el gran peso del capitalismo gángster (Chomsky), la autoridad moral de los gobiernos se ha visto disminuida por su propio desprestigio moral. Ante la avanzada de ese nuevo capitalismo, la moral del dinero y la dominación del discurso que lo respalda minimizan la importancia capital de quienes advierten y denuncian nuestra propia desertificación. Entre estos asuntos se encuentra también la desertificación de lo Humano. Hemos quedado atónitos ante los budas explotados, las torres gemelas, los incendios de museos y catedrales medievales y destrucción de las ruinas de la Antigüedad. La desaparición de la memoria y del patrimonio material de la humanidad se han convertido en un símbolo del propio carácter destructivo de nuestra civilización. Y quizá una de sus peores arrogancias es la flagrante falta de respeto a las civilizaciones anteriores. ¿Acaso nos hemos preguntado qué siente un maya contemporáneo ante los turistas o los medios sensacionalistas que una y otra vez afirman que ellos desaparecieron sin dejar rastro? Al haber desaparecido el individuo de la figura de los grandes corporativos mundiales, se ha constreñido su identidad a una abstracción con la que no se puede negociar mucho. Una voz de un personaje podrá ser interesante y podrá calmar las aguas de una moral dominante correcta que piensa en la inclusión, pero poco dejará huella en la conciencia y en la memoria de un individuo y de una comunidad si esa voz no ingresa en todos los sentidos en las capas más profundas de la conciencia, y una de las formas más certeras hasta hoy ha probado ser la palabra poética.



En el pasado no había por qué justificar la existencia de áreas que claramente no generan dividendos, porque también se tenía muy claro que la cultura y la ciencia no aplicada necesitaban de financiamiento por parte del Estado con o sin el apoyo de la iniciativa privada. Hoy, es un insulto para las universidades públicas pensar en el acoso a áreas humanísticas por su escasa rentabilidad, haciendo caso omiso de que la inversión a mediano y largo plazos en el conocimiento (concreto y abstracto), no aplicable a bienes y productos cuantificables, genera bienestar y calidad de vida que está fuera del alcance de los proyectos de desarrollo del capitalismo del siglo XXI. La política del crecimiento económico es un fraude que es urgente desenmascarar; en las primeras décadas del siglo XXI, resulta iluso e ingenuo pensar en el “bienestar económico” como la estrategia discursiva para justificar la destrucción del mundo. Es probable que actualmente la premisa de la destrucción de la diversidad biológica y cultural para justificar la ganancia económica se haya incrustado ya en la médula de millones de seres humanos. Ese ciudadano adoctrinado verá las bibliotecas como un estorbo, algo de lo que es necesario deshacerse. Tiempos siniestros en un mundo que en el área de la educación se hablaba de “pensamiento crítico” y de “saberes transversales” para enmascarar la transición del mundo universitario de la filosofía, las letras, las artes y la ciencia, al de la instrucción técnica con modelos conductistas de adoctrinamiento y fanatismo al trabajo no asalariado y sin garantías individuales, disfrazado de actitud autogestiva y autogeneradora de bienestar.

El esclavo muere de cansancio y agotamiento, de estrés, muere de infarto, de derrame cerebral por la hipertensión, de diabetes, de consecuencias del agotamiento y cansancio por un cuerpo mal alimentado y sin suficientes horas de sueño. El esclavo del siglo XXI celebra gritando a los cuatro vientos que es feliz porque ama su trabajo y es feliz porque no tiene jefe y es dueño de su propia empresa, porque es un emprendedor. Pero también mata y se suicida. Ese esclavo está vacunado contra la empatía. Incluso se ha criminalizado la pobreza para que sus desgracias no nos afecten. Si la base del bienestar no se sustenta en el restablecimiento de los ecosistemas en el mundo, entonces no podremos hablar de la posibilidad de un mundo mejor. No nos hace un país fracasado ni una sociedad fallida evitar la depredación de nuestros recursos y de solapar la devastación del medio ambiente en aras del crecimiento económico.

En este artículo no he intentado atacar a ninguna persona, sino señalar algunas inconsistencias de un sistema que ha venido transformándose y que he atestiguado desde mi trabajo como profesor en el área de literatura desde hace más de dos décadas. Sin embargo, la experiencia con el conocimiento humanístico me hace constatar, todos los días, que más allá de un proyecto, siempre está un ser humano. Necesitamos de ese nuevo lenguaje, o de su propia transformación, para despojarnos del proyecto que somos y descubrir o redescubrir lo humano y lo trascendental en nosotros mismos.



Referencias

Forrester, Vivianne. *El horror económico*. Trad. de Daniel Zadunaisky. México: FCE, 1997.

Freire, Paulo, *Pedagogia do oprimido*. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1987.

Freud, Sigmund. *Civilization and Its Discontents*. Trad. de James Strachey. New York: W. W. Norton & Co., 1989.

Harari, Yuval Noah. *21 Lessons for the 21st. Century*. New York: Spiegel & Grau, 2018.

Ordine, Nuccio. *La utilidad de lo inútil. Manifiesto*. Trad. de Jordi Bayod. Barcelona: Acantilado, 2013.

Ortega y Gasset, José. *La rebelión de las masas*. Barcelona, Espasa-Calpe, 1986.

